

LA TRAYECTORIA DEL IRRACIONALISMO Y SU CULMINACION EN EL NAZIFASCISMO, SEGUN LUKACS

Manuel Aguirre

Para Lucien Goldmann, es necesario distinguir cuatro grandes períodos en la obra de Lukács. En el primero, se destaca su libro **“El Alma de las Formas”**, que inicia en Europa aquella corriente filosófica denominada existencialismo. En el segundo y tercero, las conocidas obras **“Teoría de la Novela”** e **“Historia de la Conciencia de Clase”**, que expresan ya su llegada al marxismo, y en el cuarto, con su monumental obra sobre Estética, consta el libro materia de estas notas, titulado **“El Asalto a la Razón”**, en que el autor estudia la trayectoria del irracionalismo desde Schelling hasta Hitler¹.

I. El irracionalismo como fenómeno internacional del período imperialista

En una magnífica y orientadora Introducción, que lleva el título indicado, Lukács nos habla del propósito de su obra, sus delimitaciones, de los períodos del irracionalismo y sus características, de su método y del plan de la misma.

No se trata de una historia de la filosofía reaccionaria, aunque siempre en ésta existan elementos irracionalistas, sino de una corriente dominante de esa filosofía burguesa reaccionaria, de una filosofía irracionalista en el sentido propio y estricto de la palabra, que constituye una respuesta, la más característica y resonante del pensamiento filosófico, a los grandes problemas de la época, en los últimos ciento cincuenta años. Su tema fundamental es señalar el camino que sigue la filosofía alemana hasta llegar a Hitler, y cómo la trayectoria real se refleja en la filosofía y ésta, en tanto reflejo de esa realidad, ha contribuido a acelerar ese proceso histórico; desentrañar en el campo del pensamiento lo que ha preparado el advenimiento de la *“Ideología nacional socialista”*, por más que muchos autores aparentemente se hallen o se crean distantes del hitlerismo, ya que una de las tesis fundamentales del libro es la de que no existe ninguna *“ideología inocente”*.

Este irracionalismo moderno —y este es el hilo conductor que engarza toda la obra— surge en pleno antagonismo con el materialismo y la dialéctica. En un primer período, entre las dos revoluciones (1789-1848), que constituye una etapa de ascenso de la burguesía y que engendra la dialéctica idealista de Hegel, los ataques se realizan contra éste y provienen principalmente de la reacción feudal, que es el camino que va de Schelling a Kierkegaard. Más tarde, luego de la revolución de 1848 y sobre todo de la Comuna de París (1871) —primera revolución proletaria, aunque efíme-

ra—, cuando ya superada de idealismo, aparece la dialéctica materialista de Marx y Engels, que es la concepción del mundo del proletariado y a la cual me he referido en el Encuentro anterior, es contra ésta que la crítica y la lucha ideológica vendrá desde las fortalezas verbales de la burguesía, cuyo más alto representante es Nietzsche. Con la diferencia de que si en el primer período la crítica pudo tener algún asidero dadas las limitaciones de la dialéctica idealista, en el segundo período se trata de utilizar el veneno apologético, que demuestra una clara incapacidad para intentar una refutación seria y coherente. Oigamos directamente a Lukács:

“El veneno apologético emana del problema central a la periferia: la arbitrariedad, el carácter contradictorio, la precariedad de los fundamentos, las argumentaciones sofisticadas etc., caracterizan de un modo cada vez más agudo las filosofías irracionalistas posteriores. La baja del nivel filosófico es, pues, uno de los signos esenciales en el desarrollo del irracionalismo. Tendencia ésta que se manifiesta con la mayor fuerza plástica y la mayor evidencia en la “ideología nacional socialista”.²

El irracionalismo moderno, como producto del imperialismo es de carácter internacional, pero ha de ser Alemania, dadas sus características económico sociales, la máxima expresión de estas ideologías y, por otra parte, su influencia no sólo es nacional sino también internacional. Basta recordar que Nietzsche se convierte en un modelo tanto en los Estados Unidos como en la Rusia zarista. Heidegger es el guía del existencialismo francés y a través de Ortega y Gasset, sus teorías irracionalistas penetran en América. (Ignoramos si Lukács al referirse a América, incluye a la América Latina, como hacen erróneamente algunos autores; pero de todas maneras, nosotros debemos acentuar que esa influencia reaccionaria orteguiana aún perdura en nuestro Continente). Es cierto que Mussolini tiene sus fuentes filosóficas con Pareto, Sorel, Bergson, pero el fascismo italiano no alcanza una influencia mundial como el nazismo alemán.

Pero aunque el desarrollo desigual, que se acentúa durante el imperialismo, confiere al irracionalismo ciertas especificidades nacionales, sus características fundamentales son comunes:

“El desprecio del entendimiento y la razón, la glorificación lisa y llana de la intuición, la teoría aristocrática del conocimiento, la repulsa del progreso social, la mitomanía, etc., etc., son tantos otros motivos que podemos descubrir sin dificultad, sobre poco más o menos en todo irracionalista”.³

En cuanto al método, Lukács emplea el materialismo dialéctico e histórico en el estudio de la trayectoria del irracionalismo, cuyo desarrollo está ligado a la lucha de clases:

“La historia de la filosofía, lo mismo que la del arte y la literatura no es —como creen los historiadores burgueses— simplemente la historia de las ideas filosóficas o de las personalidades que las sustentan. Es el desarrollo de las fuerzas productivas, el desarrollo social, el desenvolvimiento de la lucha de clases, el que plantea los problemas a la filosofía y señala a ésta los derroteros para su solución. Y los contornos fundamentales y decisivos de una filosofía, cualquiera que ella sea, no pueden ponerse de relieve sino a base del conocimiento de estas fuerzas motrices de orden primario. Quien intente descubrir la trabazón entre los problemas filosóficos desde el punto de vista de lo que se llama el desarrollo inmanente de la filosofía, caerá necesariamente en una deformación idealista de las conexiones más importantes, aun cuando el historiador disponga de los conocimientos necesarios y ponga, subjetivamente, la mayor voluntad en el empeño por ser objetivo”.⁴

Y agrega:

“Los filósofos aparecen siempre, en el fondo —consciente o inconscientemente, queriendo o sin querer— vinculados a su sociedad, a una determinada clase de ella, a sus aspiraciones progresivas o regresivas. Y lo que en su filosofía nos aparece y es lo realmente personal, lo realmente original, se halla nutrido, informado, plasmado y dirigido precisamente por ese suelo (y por el destino histórico suyo). Incluso en aquellos casos en los que, a primera vista, parece prevalecer una posición individual que llega hasta el aislamiento frente a la propia clase, vemos, si calamos hondo, cómo esta posición se halla íntimamente unida a la situación de la clase y a las vicisitudes de la lucha de clases”⁵

En lo que se refiere al plan de la obra, ésta se compone de siete grandes capítulos y subcapítulos. En el capítulo I, se esbozan las condiciones económicas y sociales que hacen de Alemania el terreno propicio para el desenvolvimiento del irracionalismo que culmina en Hitler.

Consideramos que este capítulo medular no puede resumirse, ya que el mismo es el resumen de un agudo análisis de la historia de Alemania y en especial de la época que conduce al nazifascismo. Por sus páginas pasan, en apretada síntesis, el retraso de Alemania frente a los demás países europeos; el fracaso de la revolución democrático burguesa de 1848, debido a la debilidad y traición de la burguesía a su propia revolución, por temor al proletariado; la aspiración a la unidad nacional que no puede realizarse desde abajo sino desde arriba, por el camino prusiano; el rápido ascenso capitalista de Alemania, que nunca alcanzó una verdadera democracia, a un imperialismo violento y agresivo que trata de imponer un nuevo reparto del mundo; su derrota en la Primera Guerra Mundial y el humillante tratado de Versalles; la caída del imperio guillermino en 1918 y el ascenso y fracaso de la social democracia reformista y la desesperanza de las grandes masas trabajadoras, la crisis de 1929 y el pánico de la pequeña burguesía desorientada, lo que engendra *“una filosofía de la desesperación al servicio de una política desesperadamente aventurera”*. Este capítulo termina con las advertencias que nos vemos obligados a transcribir textualmente:

“Una advertencia de que no existen filosofías “inofensivas” o puramente académicas, de que siempre y dondequiera está objetivamente presente el peligro de que cualquier incendio del mundo pueda, como Hitler, prender una hoguera devoradora aprovechándose del combustible filosófico de las “inocentes” conversaciones de salón, charlas de café o lecciones de cátedra, de los aparentemente inofensivos ensayos, estudios, folletos, etc. La advertencia que aquí nos proponemos hacer para que se aprenda de las lecciones del pasado, no ha perdido, pues, su actualidad, ni mucho menos, por más que se hayan cambiado las circunstancias de hoy. Tanto menos cuanto en la propaganda ideológica de la “guerra fría” siguen desempeñando un papel importante a veces incluso acentuado, toda una serie de elementos que fueron decisivos en su día, en el irracionalismo “clásico” de la época de Hitler (el agnosticismo, el relativismo, el nihilismo, la tendencia a la mitomanía, la ausencia de crítica, la credulidad, la fe en los milagros, los prejuicios y los odios de raza, etc., etc.)”⁶

De estos acontecimientos los individuos y los pueblos deben sacar su lección y son los filósofos progresistas los que se hallan obligados a luchar por el imperio de la razón contra la sinrazón; pues mientras exista el imperialismo, no hay garantía de que ahora o mañana nos veamos arrastrados por un nuevo demonio del fascismo, junto al cual Hitler sea un principiante chapucero. Y el autor nos hace recordar las palabras de Mefistófeles al desesperado Fausto:

**Desprecia la ciencia y la razón,
la mayor fuerza en que descansa el hombre. . .
y te tendré por entero a merced mía.**

En los capítulos del II al IV, inclusive, se expone en una forma más concreta y estricta la trayectoria del pensamiento irracionalista desde Schelling a Hitler. En el V, se trata detalladamente del neohegelianismo imperialista, refiriéndose a las figuras más importantes. En el capítulo VI, se traza más o menos la misma trayectoria, pero ahora en el campo de la sociología alemana, ya que el autor considera que ésta, por su importancia, debía considerarse por separado, para no diluirla en los capítulos de carácter filosófico. Y por último, en el capítulo VII, se estudia, también por separado, a los precursores históricos del racismo, analizando cómo las condiciones imperantes permitieron que un ecléctico tan mediocre como H. St. Chamberlain, al sintetizar y amalgamar el irracionalismo filosófico del imperialismo, la filosofía de la vida, con el racismo y el darwinismo social, se constituye en el precursor directo de Hitler y de Rosenberg, que ha de ser el filósofo "clásico" del nacional-socialismo.

Este capítulo termina con la "*concepción nacional socialista del mundo*", síntesis ecléctica de todas las tendencias reaccionarias que, dado el desarrollo específico de Alemania, han de culminar en Hitler. Lo único que hace éste es unir la filosofía imperialista de la vida, que constituye el nivel más alto del irracionalismo agnóstico que se desarrolla en Alemania desde Nietzsche, Dilthey y Simmel hasta Klages, Heidegger y Jaspers, con lo más desarrollado de la técnica de propaganda norteamericana. Y no es que Hitler y sus adláteres supieran mucho de la teoría del conocimiento, por ejemplo, sino que todo este proceso ha ido creando una atmósfera espiritual generalizada, que radicaliza la duda en el conocimiento objetivo, en el valor de la razón y el entendimiento, que desarrolla una fe ciega en la vivencia, la intuición, que engendra una credulidad histérica y supersticiosa, que es lo que permite el triunfo de la desafortunada demagogia hitleriana. A esto se agrega la combinación de la filosofía de la vida con el racismo a lo Chamberlain, como hemos anotado, con lo que el mito intuicionista de la raza superior, de la desigualdad biológica de los hombres, de la potencia indestructible de Alemania, puede salir a la calle y aturdir y arrastrar a las masas desesperadas. Pero todo esto no puede comprenderse sino a través del verdadero conocimiento de la estructura económico social, cada vez más irracional, de los monopolios imperialistas, con todas sus contradicciones, ya que el ataque a la razón y al entendimiento se proyecta de la realidad a la filosofía y no a la inversa.

En la Segunda Guerra Mundial (39-45) en el terreno ideológico se enfrentan en lo fundamental, dos concepciones del mundo diametralmente opuestas: la fundada en el irracionalismo, en la negación de la realidad y la verdad objetivas, el progreso de la historia de la humanidad (a lo que se opone una historia inconexa de las razas y los ciclos de cultura —Spengler, Toynbee—) y la concepción marxista del mundo, basada en la razón del materialismo dialéctico e histórico y cuyo desenlace conocemos. Pero la lucha continúa y continuará hasta la completa destrucción del sistema monopolista imperialista y la implantación del socialismo en el mundo entero.

La obra se cierra con un Epílogo escrito posteriormente (1953), en el que Lukács presenta un panorama de las corrientes filosóficas irracionalistas que, después de la Segunda Guerra Mundial y luego de una retirada estratégica de las más comprometidas con el Hitlerismo, vuelven a surgir, a veces con ciertos retoques y un mayor impulso, en los Estados Unidos de Norteamérica, que asume el liderato del imperialismo mundial, así como en la misma Alemania Occidental, ya que se transa con los restos del nazismo (Hjalmar, Schacht y los generales de Hitler), con lo que se afirma la continuación del capitalismo monopolista alemán.

Naturalmente, en los EE.UU. el nazifascismo no puede tener las mismas manifestaciones que en Europa; pero nadie puede negar que bajo las formas aparentes de la democracia, se abre paso un contenido distinto que nos recuerda los tiempos del prefascismo hitleriano. No hay que olvidar que Hitler también hablaba de la *"democracia alemana"* y de un *"orden nuevo"* y una tercera posición situada más allá del capitalismo y socialismo, como lo hacen en el Imperio del Norte los teóricos del neocapitalismo como los Lippmann, los Burnham y otros. Se resucitan teorías refutadas mil veces como la de Malthus, a quien se lo eleva a un nivel más reaccionario, para justificar la guerra, la masacre de los pueblos y la liquidación del género humano. En el campo de la filosofía, de acuerdo con sus propias tradiciones, predomina no directamente el irracionalismo alemán, pero sus congéneres como la corriente machista pragmática, los Wittgenstein, los Carnap, los Dewey, llegando con la semántica a la simple investigación de los conceptos generales de la vida social y económica y a la conclusión, como se ha dicho, de que términos como género humano, ganancias, gentes desnutridas, vestidos hechos de harapos, verdad, justicia, problema social, fascismo, son simples formas verbales carentes de significado. De este modo se practica más descaradamente la apología directa del capitalismo, de lo que lo hicieran los irracionalistas alemanes que prepararon el advenimiento de Hitler y utilizaron la apologética indirecta. A ello se suma el ataque contra el totalitarismo, que ahora ya no es contra el nazifascismo desaparecido, sino contra la URSS, a la que se trata de colocarla interesadamente en el mismo saco.

Y qué decir en Alemania de filósofos como Jaspers, que luego de vivir tranquilamente bajo Hitler, trata de suplir lo que no hizo contra el nazismo, atacando al marxismo; Heidegger, que preparó como todos los irracionalistas el advenimiento del Führer, con quien colabora, se empeña en lavarse de culpa en una gran polémica contra el marxismo; y C. Schmitt, jurista de cámara y teórico del derecho de Hitler, defiende con igual empeño al imperialismo norteamericano. Y así tantos otros y otros.

Y nosotros queremos decir, y esto debería ser materia de otro encuentro, que todo este arsenal de corrientes irracionalistas que nos viene tanto de los Estados Unidos como de Europa, se transmiten en nuestra América Latina, sin ningún espíritu crítico, desde la cátedra, la revista y demás medios de comunicación que se hallan en manos reaccionarias, abonando, en el terreno ideológico, el ascenso de las dictaduras militares neofascistas que infestan el Continente. Cerraremos este breve e incompleto recuento, con las palabras textuales de Lukács: **"Los marxistas sabemos que también en el terreno filosófico, la gran batalla decisiva entre la razón y la antirrazón entre la dialéctica materialista y el irracionalismo, después que esta lucha se ha convertido desde hace mucho tiempo en la disputa en torno del marxismo, sólo llegará a su desenlace final y victorioso con el triunfo del proletariado sobre la burguesía, con el derrocamiento del capitalismo y la instauración del socialismo. Las masas, combatiendo por la razón, han proclamado en medio de la calle su derecho a influir activamente en la suerte del mundo. Y ya no renunciarán nunca a este derecho, al derecho a servirse de la razón en su propio interés y en interés de la humanidad, al derecho a vivir en un mundo racionalmente gobernado y no en medio del caos de la locura de la guerra"**.

Hubiéramos deseado, aunque sea de un modo esquemático como hemos venido haciéndolo, referirnos en forma más concreta a cada uno de los filósofos que desfilan en este proceso irracionalista, pero nos lo impide las limitaciones del tiempo. Sin embargo, deseamos presentar a grandes rasgos por lo menos a uno de ellos, Federico Nietzsche, que no ha sido tratado en este Encuentro y que tuvo una gran influencia en el proceso irracionalista que culmina con Hitler y continúa teniendo dola.

II. Nietzsche fundador del irracionalismo de la época imperialista

Nietzsche es una figura relevante en la trayectoria del irracionalismo imperialista. A pesar de que vive y actúa en los albores del imperialismo, ya que es contemporáneo de la fundación del Imperio por Bismark y de las luchas de clases que traen consigo su caída, del imperialismo agresivo de Guillermo II, de la Comuna de París, que le produce una profunda impresión, así como de la organización en Alemania del gran partido de masas del proletariado, de la ley represiva contra los socialistas y el combate heroico de los obreros contra ella; su capacidad y sensibilidad para penetrar en los problemas y prever su desarrollo en el futuro, le permiten crear una concepción del mundo que requería la burguesía imperialista para enfrentarla a la concepción materialista dialéctica del proletariado, o sea que su filosofía es el resultado de una agudización de la lucha de clases de su tiempo.

Para quienes consideran a Nietzsche como un simple crítico de la cultura y el arte, un pensador "inofensivo", al que sólo le preocupan los problemas espirituales de una élite intelectual y moral (Brand, Simmel, Bertram, Jaspers, Kaufmann), parecería absurdo calificar tal concepción filosófica como fundamentalmente imperialista, antiobrera y antisocialista, tanto más que Nietzsche nada sabe de economía ni ha leído una sola página de Marx y Engels. Sin embargo, quien bucea hondo y emplea el método apropiado, sabe que los filósofos conocen instintivamente dónde se halla el enemigo y las tendencias peligrosas y cómo combatir las en el campo de la filosofía. Al efecto Lukács, expresa:

"En estas circunstancias ¿con qué derecho podemos afirmar que toda la obra de Nietzsche es una polémica constante contra el marxismo, contra el socialismo, cuando es claro y evidente que no llegó a leer nunca una sola línea de Marx o de Engels? Nos creemos, sin embargo, autorizados a hacer aquella afirmación, por la sencilla razón de que toda filosofía está determinada, en cuanto a su contenido y su método, por las luchas de clases de su tiempo. Y, aunque los filósofos —lo mismo que los sabios y los artistas y otros ideólogos— ignoren en mayor o menor medida esta circunstancia y no tengan, a veces, la menor conciencia de ella, este criterio determinante de su actitud entre los llamados "problemas finales", se impone, a pesar de todo".⁷

Ya el ataque de Nietzsche a los valores culturales, cuya decadencia descubre agudamente en el plano superestructural y a los que combate con ímpetu que parecería hiperrevolucionario, le permite atraer la rebeldía de los intelectuales descontentos, desviándola de su verdadero objetivo, que podría ser la revolución social, para ofrecerles una revolución "cósmico biológica" y la creación de una nueva cultura superior, para élites, que se levante sobre la esclavitud de las masas, es decir dentro del mismo orden económico social que defiende con todos sus privilegios, con lo cual cumple un "encargo social":

"El "encargo social" que la filosofía de Nietzsche viene a cumplir, dice Lukács, consiste en "salvar", en "rescatar" a este tipo de intelectual burgués, en señalarle un camino que haga innecesaria su ruptura y hasta todo conflicto serio con la burguesía; camino en el que puede seguir abrigando, e incluso se acentúe en él, el agradable sentimiento de ser un rebelde, al contraponerse, tentadoramente, a la revolución social "superficial" y "puramente externa" otra revolución "más profunda", de carácter "cósmico biológico". Una "revolución", además, que deja en pie, íntegros, los privilegios de la burguesía y que defiende, sobre todo, apasionadamente, la situación de privilegio de la intelectualidad burguesa, imperialista y pa-

rasitaria, una "revolución" dirigida contra las masas y que da al miedo que los privilegiados económicos y culturales tienen a perder sus privilegios, una expresión patético-agresiva en que se disfraza su temor y su egoísmo".⁸

La verdad es que Nietzsche no sólo es un pseudorrevolucionario sino un hipercontrarrevolucionario que odia a la democracia, a los obreros y al socialismo. Cuando conoce la caída de la Comuna de París, exclama en carta al barón de Gersdolfi: "Podemos recobrar la confianza. No, nuestra misión alemana no ha terminado. . . por encima de la lucha entre las naciones, nos había atemorizado aquella cabeza de la hidra internacional, que de pronto comenzó a agitarse de un modo tan espantoso, como signo de las luchas del futuro, tan diferentes". Su posición aristocrática se halla en contra de la cultura general que proclama las asociaciones obreras: "La formación más general, es decir, la barbarie: he ahí la premisa del comunismo..., la cultura general se torna en odio contra la verdadera cultura". La esclavitud es necesaria: "y si fuere cierto que los griegos sucumbieron a causa de la esclavitud, no lo es menos que la falta de esclavitud será la que nos haga sucumbir a nosotros". En la antigüedad una élite claramente consciente de que "el trabajo es una ignominia" se vale de sus ocios para crear obras inmortales: "en los tiempos modernos, no es el hombre ávido de arte, sino el esclavo el que determina las ideas generales. Fantasmas como los de la dignidad del hombre y la dignidad del trabajo son los frutos mezquinos de una esclavitud que se esconde a sí misma. . .". "Desdichados redentores, éstos que han echado a perder el estado de inocencia del esclavo con los frutos del árbol del conocimiento". Proclama el analfabetismo: "El que todo el mundo tenga derecho a aprender a leer, estropea a la larga no sólo el escribir sino también el pensar". "Una cultura superior sólo puede surgir ahí donde haya dos castas distintas en el seno de la sociedad: la de los trabajadores y la de los ociosos, capacitados para disfrutar verdaderamente de su ocio; o para decirlo con palabras más fuertes, la casta del trabajo forzado y la del trabajo libre". No se trata de superar, civilizar y humanizar los impulsos bárbaros sino de construir sobre ellas una nueva cultura.

Para él "la estupidez y en el fondo, la degeneración de los instintos", que son la causa de todas las estupideces, radica en que haya una cuestión obrera. La explotación es una ley de carácter general, fundamental e inevitable en toda vida: "la vida misma es, esencialmente, apropiación, transgresión, avasallamiento del extraño y el más débil, opresión, crueldad, imposición de las formas propias, incorporación y, por lo menos en el más suave de los casos, explotación. . . la "explotación" no es propia de una sociedad corrompida o imperfecta y primitiva, sino que forma parte de la esencia misma de lo vivo, como función orgánica fundamental; es una consecuencia de la verdadera voluntad de poder, que no es sino la voluntad de vida". Y para resumir su constante letit motiv contra el socialismo: "¿quiénes son aquéllos a quienes más odio, entre la canalla de hoy? La canalla socialista, los apóstoles chandalas que miran el instinto, el goce, el sentimiento de hartura del obrero, que le hacen envidioso, que le inculcan la venganza. . . la injusticia no reside nunca en la desigualdad de derechos, sino en la pretensión de derechos iguales". Son numerosos los pasajes en los que Nietzsche se burla de la igualdad y proclama la desigualdad del hombre como la base natural y biológica de la sociedad, con lo que proclama uno de los postulados del nazifascismo.

Para luchar contra los obreros, enemigo mortal; la democracia, que embota la lucha entre los señores y la plebe; y el socialismo, al que rechaza con todas sus fuerzas, Nietzsche propugna un Estado fuerte, militar, terrorista, de un nuevo terrorismo, que encarne la disciplina y la subordinación militares entre oficiales y soldados y que opone a la falta de distinción y sentido aristocrático de la explotación capitalista, que es la causa del ascenso del socialismo; pues si los capitalistas

tuvieran los gestos de distinción y nobleza de la sangre que poseen los señores, las masas no se dejarían arrastrar por el socialismo, ante cuya revolución tienen él y su clase, un miedo verdaderamente zoológico.

Ataca a Bismark, exigiéndole que rompa con esa simple apariencia de democracia, que alguien calificara como la política del *"terrón de azúcar y el látigo"*, porque el surgimiento del hombre democrático entontece y empequeñece al hombre europeo.

Hay *"que romper con el principio de la representación popular: lo que nosotros necesitamos, dice, es la representación de los grandes intereses"*, con lo que se anticipa a la organización del Estado corporativo, fascista. Y no sólo esto sino que traza la línea que conduce a la leyenda hitleriana: **"Los estamentos dominantes podridos han echado a perder la imagen del dominador. El "Estado" como juez es una cobardía pues falta el gran hombre que sirva de pauta para medir. Pero, a la postre, será tan grande la inseguridad, que los hombres se humillarán en el polvo ante cualquier energía de la voluntad ordenadora". "Nada es verdad todo es lícito. . . Os eximo de todo, de Dios y del deber, pero tenéis que aportar la prueba máxima de una acción noble. Pues aquí se abre el camino de los desalmados, ifijaos bien! La pugna por el poder, al final de la cual la horda será más horda y el tirano más tirano que nunca. ¡Nada de ligas secretas! Las consecuencias de vuestra doctrina causarán espantosos estragos y harán perecer a un sinnúmero de gentes. ¡Probemos una vez con la verdad! Tal vez la humanidad perezca en la prueba. ¡qué le vamos a hacer!.**

Y no sólo reprocha a Bismark su remedo democrático, sino el que no sea bastante militarista ni comprenda las grandes guerras que se avecinan: **"Los tiempos de la política menuda han pasado; el siglo venidero traerá ya consigo la lucha de la dominación sobre la tierra, la coacción de la gran política. . . habrá guerras como jamás se han conocido en el mundo. Sólo a partir de mí ha habido sobre la tierra una política grande"**. Para Nietzsche y ya con sentido hitleriano hay que renovar las tradiciones del militarismo prusiano: **"El mantenimiento del Estado militar es el último y supremo recurso para asumir o mantener la gran tradición con vistas al tipo superior de hombre, al tipo de hombre fuerte". "¿Decís que una buena causa hasta santifica la guerra? Os digo que una buena guerra santifica todas las causas. ¿Qué es el bien? Ser valiente es el bien. Escribe con sangre y sabrás que la sangre es espíritu. Más tarde un ideólogo del nazismo, Krieck, dirá: "El destino reclama del hombre heroico el honor de que es capaz de cumplir todas las órdenes"**.

Las mismas tendencias se encarnan en su ética, que constituye la esencia de la moral imperialista, que ha de cobrar una espantosa realidad en la época de Hitler y aún hoy en la moral del llamado *"siglo norteamericano"*. Su decantada subversión de los valores no es otra cosa que la repulsa a los valores culturales europeos encarnados en el cristianismo, el igualitarismo democrático y sobre todo en el socialismo, para oponerle la liberación y rebelión de los instintos que han sido reprimidos, dominados y deformados por las morales *"antinaturales"* anteriores, inclusive la de Kant, y que en la ética Nietzscheana adquieren su libertad plena. Este desencadenamiento de los instintos y de todo lo inhumano y bestial que hay en el hombre, ha de permitir a la burguesía contar con los activistas indispensables para salvar su dominación. Se exalta al delincuente hasta colocarlo entre los elementos de la nueva élite: **"El tipo del delincuente es el tipo del hombre fuerte situado en condiciones desfavorables, un hombre fuerte convertido en un enfermo, le falta el salvajismo, cierta forma más libre y más peligrosa de la naturaleza y de la existencia en la que actúa legítimamente cuanto en el instinto del hombre fuerte es arma y defensa. Sus virtudes han sido proscritas por la sociedad; sus más vivos instintos, con los que ha venido al mundo, degeneran enseguida con los afectos agobiantes, con los sentimientos de la sospecha, el temor y el deshonor. en nuestro mundo civilizado, casi sólo conocemos al delincuente degenerado, abrumado bajo**

maldición y el desprecio de la sociedad, que desconfía de sí mismo y que, en la generalidad de los casos empequeñece sus hazañas y reniega de ellas, el tipo **frustrado de delincuente**; y nos resistimos a creer que **todos los grandes hombres** fueron delincuentes (aunque de gran envergadura y no en el sentido más deplorable de la palabra), el delito es inseparable de la grandeza..." Para él: **"las bestias de presa y la selva virgen demuestran que la maldad puede ser muy sana y desarrollar maravillosamente el organismo. Si la bestia de presa se sintiera atormentada por los remordimientos interiores, hace ya mucho tiempo que habría decaído y degenerado. El perro (que tanto plañe y meneas la cola) es una bestia de presa degenerada y lo mismo el gato. Y sinnúmero de personas bondadosas y cohibidas rebelan que la bondad lleva necesariamente aparejada una decadencia de las energías: las sensaciones del miedo predominan y pesan sobre el organismo"**.

Con esta glorificación de los instintos vitales, se mitologiza la fuerza y la depredación del imperialismo y se proclama la vuelta a una nueva barbarie como la única forma de salvar al capitalismo. El superhombre no es la superación biológica del ser humano, como han creído muchos, sino la exaltación de los **"señores de la tierra"**, de la **"bestia rubia"**, que encarna los **"valores nuevos"** de la moral imperialista basados en la barbarie y la bestialidad: **"El hombre es el monstruo animal y la superbestia; el hombre superior es el monstruo humano y el superhombre: ambas cosas se compaginan. Al crecer el hombre en magnitud y en altura, crece también hacia lo profundo y espantoso; no es posible querer lo uno rechazando lo otro; o, mejor dicho, cuanto más a fondo se quiera lo uno, más concienzudamente se logra lo otro"**.

Nietzsche, creó también el primer modelo de racismo: **"En la base de todas estas razas distinguidas no se puede por menos de ver la bestia de presa, la espléndida bestia rubia, ávida de botín y de victoria. . . las razas distinguidas son las que han dejado tras sí el concepto de "bárbaro" en todos los rastros de los sitios por donde han pasado; y todavía de sus culturas más altas trascienden la conciencia y el orgullo de ello"**. Más tarde Hitler repetirá casi textualmente todo aquello.

No podríamos detenernos en su teoría del conocimiento, tanto más que Nietzsche desconoce los problemas que plantea el materialismo dialéctico e histórico y mejor ataca al socialismo como enemigo vivo y actuante en el campo social. Sin embargo, el gran mito del eterno retorno, trata de anular el devenir como el creador de algo nuevo (el miedo a que el socialismo sustituya al capitalismo), reduciendo tal concepto a simples variaciones dentro de la ley cósmica y eterna de la **"voluntad de poder"**. La verdad es que después de Hegel, la filosofía burguesa es incapaz o no le conviene entender la dialéctica del ser y el devenir, de la necesidad y la libertad. Por lo demás, la falta de originalidad de Nietzsche en este campo, lo coloca en el término medio de los machistas, a los que Lenin pulverizara con su tan conocido libro **"Materialismo y Empirocriticismo"**; pero va más allá en su posición agnóstica, en la negación del conocimiento del mundo objetivo, en la creación desafortunada de mitos.

Muchos han querido esconder en los matices de sus aforismos poéticos, su exaltación de la bestialidad y la barbarie, sin comprender que esta dualidad contradictoria es uno de los rasgos no sólo de este filósofo sino de los intelectuales de la decadencia imperialista. Los intentos de separar a Nietzsche del irracionalismo pesimista de Schopenhauer, enlazándolo con la Ilustración y con Hegel, son fútiles emborronamientos de la historia. Ambos fueron burgueses rentistas al igual que Kierkegaard, y practicaron la apología indirecta del capitalismo, que es una forma avanzada de esa apologética; pues mientras la apología directa trata de eliminar especulativamente las contradicciones del sistema, de refutarla sofísticamente, escamoteándolas para hacerlas desaparecer, la apología indirecta parte de su existencia y reconocimiento, pero las explica y justifica en forma ventajosa

para el capitalismo, al tratar de presentar sus injusticias y monstruosidades no como el producto de dicho sistema, sino como cualidades inherentes a la naturaleza humana, a la existencia humana en general, a la vida misma, de manera que resulta absurdo luchar contra tales atrocidades, ya que sería inútil tratar de que los hombres lleguen a abolir su propia naturaleza. Pero si bien ésta es la base del pesimismo schopenhaueriano, lo que se halla a tono con las condiciones de la burguesía preimperialista, en Nietzsche se transforma en un *“pesimismo heroico”*, que lo lleva a proclamar la acción desesperada de las huestes reaccionarias, para salvar el sistema amenazado por la agudización de la lucha de clases. Ambos se creen independientes y situados al margen del mundo al que han vaciado de toda objetividad y transformado en una simple representación arbitraria; pero cuando Schopenhauer en la revolución de 1848, teme a las masas insurgentes que ponen en peligro el sistema y sus propios privilegios, alarga sus gemelos de teatro a un oficial para que pueda afilar mejor su puntería y asesinar a los revolucionarios; y Nietzsche en la guerra del 70-71, no pudiendo vestir el uniforme de soldado por ser profesor de Basilea, se alista como sanitario voluntario y luego con los nervios destrozados, expresa: **“Mi punto de vista es el del soldado prusiano; he aquí una verdadera convicción, he aquí la fuerza, la seriedad y la disciplina, en lo tocante también a la forma”**.

El mito de la *“voluntad de poder”* de Nietzsche, mezcla de seudocientifismo y fantasía, en que todo lo animado e inanimado es una manifestación de la voluntad de poder, es lo mismo que la voluntad de vida en Schopenhauer, con ciertas diferencias. El uno y el otro negaron el progreso y la historia.

Tampoco han tenido éxito los que trataron de escamotear a Nietzsche como precursor del nazifascismo, ya que en la realidad Hitler ha de llegar a ser su ejecutor testamentario. Terminaremos con una cita textual de Lukács.

“La apelación gnoseológica al irracionalismo más extremo, a la negación total de la cognoscibilidad del mundo, de toda razón; la apelación moral a todos los instintos bárbaros y bestiales del hombre, es la confesión —inconsciente— de esta realidad. Las dotes nada comunes de Nietzsche se rebelan en el hecho de que, en los umbrales del período imperialista fuese capaz de forjar este mito de signo contrario llamado a influir durante décadas enteras. Su estilo aforístico se manifiesta, visto así, como la forma adecuada de esta situación histórico-social: la podredumbre, la vaciedad y la falacia interiores de todo el sistema se envuelven en estos andrajos de pensamientos brillantemente tornasolados, que niegan formalmente toda cohesión”.

Notas:

1. Véase Kierkegaard en el Pensamiento de G. Lukács del libro "Kierkegaard Vivo". Coloquio organizado por la UNESCO. Págs, 97 y sgts.
2. "El Asalto a la Razón". Ed. Fondo de Cultura Económica, pág. 7.
3. Id. pág. 9
4. Id. pág. 3
5. Id. pág. 81
6. Id. pág. 73.
7. Id. pág. 252.
8. Id. pág. 255.



